

LA televisión en la cámara de gas

BERNABÉ SARABIA

Los dos jóvenes asesinados por Robert A. Harris tenían las manos ocupadas en el momento de morir. Cogían sus hamburguesas con cuidado, no querían ponerse perdidos con lamparones de catchup y de mostaza. Abstraídos en lo que hacían no fueron capaces de sospechar que jamás saldrían vivos del aparcamiento en el que estaban comiendo. Harris les despachó a balazos. A quemarropa, casi al alcance de su mano. El excelente periódico *Los Angeles Times* publicaría más tarde que el asesino se comió los restos de las hamburguesas. Corría 1978, yo vivía en Del Mar, unas millas al norte de San Diego, el escenario del crimen. En mi entorno de la Universidad de California, en el campus de La Jolla, apenas nadie dijo nada. Este tipo de matanzas sin móvil y sin causas aparentes ocurría de vez en cuando. A veces eran peores. De pronto, una adolescente cogía el rifle de su padre y se ponía a disparar contra sus condiscípulos al ir a entrar al colegio. Los norteamericanos son buenos tiradores, viven en un país en el que se sabe mucho de armas. Condenado Harris a la pena capital fue enviado a la prisión de máxima seguridad del Estado de California, San Quintín. Desde allí ha ido recurriendo su sentencia y el tiempo ha transcurrido. En abril de 1990 una cadena de televisión solicitó permiso al director de la penitenciaría para retransmitir la ejecución de la pena de muerte que pudiera tener lugar en un futuro inmediato. En España desde 1900 y en Estados Unidos desde el 21 de mayo de 1937, las ejecuciones dejaron de ser acontecimientos públicos, fecha esta última en la que se ahorcó en el Estado de Missouri a un condenado. Desde entonces se ha permitido, sin embargo, la asistencia de pequeños grupos de periodistas desprovistos de cámaras fotográficas. El director de la cárcel, de origen chicano, Da-

niel Vázquez, ha reaccionado a la petición de la cadena de televisión KQED-TV lanzando balones fuera. No quiere problemas —tiene además de Harris a otros condenados en el corredor de la muerte. De momento ha prohibido la presencia de cualquier representante de los medios de comunicación en las ejecuciones. La última de ellas tuvo lugar en 1967, pero ahora podrían producirse varias seguidas dado que el actual gobernador del Estado de California es un político republicano partidario de la pena capital. El canal de televisión apeló la decisión administrativa ante el tribunal federal de San Francisco y aunque la causa se vio el pasado 28 de marzo el juez Schnacke optó por aplazar su decisión hasta el 3 de mayo. Entretanto, la polémica sobre la legitimidad de televisar la aplicación de la pena de muerte a Harris (y la de los condenados a muerte que pudieran seguirle) se ha extendido por todo el mundo. Para los norteamericanos, partidarios mayoritariamente —según las últimas encuestas— de que la ley pueda castigar en la privación de la vida, la polémica se centra sobre todo en fijar los límites de lo que la televisión puede o no transmitir. Los argumentos sobre los que gira la discusión son bien conocidos: por un lado el respeto a la libertad de expresión —amparado por la primera enmienda constitucional norteamericana— y por otro, el peligro de que las ejecuciones sean vistas por niños, ofendan el buen gusto y la moral o puedan poner en peligro la seguridad de las cárceles. Añádase que los condenados a muerte desean que su tránsito no sea televisado. En Europa, y más en España, el problema de fondo no es sólo el hecho de televisar una ejecución, por más que ésto repugne, lo que resulta intolerable es la existencia misma de la pena de muerte. Desde esta perspectiva —la que niega al

Estado poder para administrar la máxima sanción— no deja de ser paradójica la posición de organizaciones norteamericanas, como es el caso de la llamada *Death Penalty Focus*, las cuales sostienen que si se llegase a televisar la sentencia el horror en la audiencia sería tal que los televidentes tomarían conciencia de la crueldad de la acción y apoyarían la abolición de un acto tan bárbaro.

Si analizamos el primer aspecto de la polémica podría creerse que la KQED-TV ganará el juicio. Las cámaras llegan y están en todas partes. Los límites de lo televisable se expanden. No hay fronteras. Los tipos más odiosos de violencia real o de ficción han sido o son televisados. Se ha visto asesinar en Vietnam, Irak, Irán o Liberia. Ejecutar en Arabia Saudita, en Rumania basta recordar el final de Nicolae Ceausesco. Los camarógrafos han entrado ya en el Parlamento Británico. Incluso se ha televisado un exorcismo. Hace unas semanas la cadena norteamericana ABC emitió desde Florida el rito de expulsión del demonio de una joven de dieciséis años. Asistida por dos sacerdotes esta enferma mental sufrió, sudó, vomitó y se retorció ante las lentes y los focos mientras duró el largo ritual. La televisión está atrapada en un proceso de competencia económica tan despiadado que cualquier suceso debe televisarse si con eso se gana audiencia, es decir, publicidad e influencia. Todo vale y la tragedia o violencia en sus múltiples expresiones tiene una presencia cada vez más persistente. Saber hasta dónde puede llegar una cámara sería someterse a normas ético-jurídicas, implicaría aceptar unas reglas de juego. Quizá sería posible sentar los términos de una negociación que permitiera un debate al máximo nivel. Sin embargo, conviene no agarrar el rábano por las hojas. Las fagocitosis televisiva está sustentada en un conjunto de hábitos y actitudes personales y sociales. En las sociedades desarrolladas se está produciendo una serie de cambios en sus normas y valores. Es difícil predecir si este movimiento ha de cristalizar en nuevas creencias e ideologías y en sus correlatos concretos de la vida coti-

diana o si, por el contrario, durante años pervivirá como un polimorfo conjunto de tics sociales. En las complejas sociedades occidentales crecen gestos desesperados, una de cuyas manifestaciones viene a expresarse en un rasgo que tiene mucho que ver con formas de violencia y de sadomasoquismo. La recientemente publicada novela de Bastón Ellis, un joven de 27 años, *American psycho* es una concreción abyecta de perversas formas de violencia. En ella el protagonista lleva una doble vida. De día es un joven prometedor y aplicado, de noche se transforma en un hipe-ractivo maniaco sexual a medio camino entre el cirujano y el carnicero.

Un cuidadoso repaso de la vida cotidiana, sobre todo de aquella que está semien-terrada en las

Las cámaras llegan y están en todas partes. No hay fronteras. Los tipos más odiosos de violencia son televisados porque la televisión está atrapada en un proceso de competencia económica tan despiadado que todo sirve si con eso gana audiencia, es decir, publicidad e influencia.

arenas movedizas de ciertas formas de conveniencias sociales, podría señalar curiosos fenómenos de crecimiento incierto pero constante. Entre ellos la violencia asociada con el sexo, o con intoxicantes como el poder o las drogas. En el esnobismo de algunos seres —sin distinción de sexo— por la ropa, la cosmética, el sexo, las bebidas, las joyas, la gastronomía o la velocidad se gesta un gusto estremecedor y semioculto por la perversidad. Así las cosas, podría dar igual lo que decida el juez Schnacke mientras la ansiedad televisiva lo vaya invadiendo todo. El caso Harris no será la gota que colme el vaso si no se afloja la tensión de la violencia simbólica y real. Lo cual es complicado porque se trata de

posicionamientos del hombre ante la vida y la muerte que llevan a plantear también los límites del propio placer, en definitiva de la propia existencia. En todo caso, se diría que el Estado de California, uno de los lugares más bellos y sofisticados del planeta, debería regular la expresión televisiva de la violencia institucional. El espectáculo de una persona muriendo en una cámara de gas tiene resonancias tan bárbaras que haría retroceder la vieja esperanza según la cual el mundo será mejor cada día.

A la luz de todo esto, ¿cuál será el futuro de ese movimiento cismático tras la muerte del fundador? A él se han adherido y se seguirán adhiriendo en la próxima generación quienes sientan desconcierto ante los cambios; quienes no han acompañado su maduración religiosa con una maduración histórica; quienes añoran las formas de relación entre la Iglesia y la sociedad usuales hasta hace poco de nuestras naciones europeas; quienes son especialmente sensibles a la Trascendencia, al Misterio, a Dios como totalmente otro, señor y soberano y no las encuentran reconocidas y cultivadas en la Iglesia católica; quienes sufren con especial dolor la pérdida de fe en las nuevas generaciones y no divisan nuevos cauces expresivos.

Desde aquí mi respuesta es precisa: este movimiento responde en conjunto a un desfase de la conciencia creyente de sus miembros frente a la conciencia histórica, a un rechazo de la modernidad humana y cristiana. Y cuando digo conciencia histórica, me refiero a la conciencia que la propia Iglesia va teniendo bajo la acción del Espíritu Santo, la guía de sus pastores y el sentido de la fe de los fieles. Lefebvre es una aparición retardada de posturas que fueron excluidas de la Iglesia hace sesenta años por Pío XI al condenar la *Acción Francesa*; que la teología ha esclarecido como no cristianas y que el órgano supremo de autoridad, el Concilio ecuménico, ha excluido definitivamente. En este sentido el movimiento carece de la substancia cristiana necesaria, para fermentar un futuro creador. Todo lo que él afirma como legítimo deseo existe con vitalidad entera en la Iglesia Católica, sin las aristas, extemporeidades y anacronismos con los que él quiere vivirlo. La biología trabaja en función del futuro, no al servicio del pasado agotado. Desde esta perspectiva yo no veo futuro a los seguidores de Lefebvre. Digo futuro cristiano, teológico y misionero. Otra cosa es que para muchos sea un reducto en el que su psicología, su cultura, su sensibilidad nacional, su percepción patria, su sentido de la historia encuentren eco y acogida. Pero eso ya no sería Iglesia sino otra cosa.

Dicho esto, hay que añadir que como reducto minoritario perdurará en las próximas generaciones. Almas inquietas, sedientas de limpia verdad y de fidelidad absoluta, de adoración incondicio-

nal de un Dios al que se quiere como Sagrado en Sí y como Evidente para este mundo, como Santidad en Sí y Justicia en este mundo, como Perdón en Sí y como castigo a los pecadores, se dirigirán a él pensando abreviar esta sed de Absoluto. Pronto comprobarán que no es agua de manantial sino de cisterna lo que allí se les ofrece. La respuesta habría que darla en un horizonte más amplio y en una reflexión más rigurosa, estudiando los movimientos fundamentalistas y nacionalistas, utópicos, radicales y carismáticos que conmueven a la conciencia contemporánea. ¿Por qué aumentando hasta el límite el saber científico, la racionalidad técnica y la organización económica, sin embargo, surgen tales reacciones, románticas unas y violentas otras, arcaicas aquellas y revolucionarias éstas? Habría que mostrar el vacío de sentido y de esperanza, de experiencias y dimensiones sagradas, de confianza y sostén fundamentales, que padece hoy el mundo. Pero dejando ese horizonte amplio, en el que habría que analizar cada hecho concreto, que el movimiento de Lefebvre tenga mayor o menor éxito dependerá también de si el catolicismo se centra en sus realidades nutridas o vive perdido en la exterioridad de un modo falso e idiotizado. Si la Iglesia católica recupera, cultiva y ahonda el sentido del Misterio, de la tradición verdadera, de la liturgia auténtica, de la comunidad de fe, con una real densidad cultural, con sentido de la historia, con memoria amorosa y crítica de su pasado en esa medida el movimiento de Lefebvre perderá su supuesta legitimidad teórica y capacidad de atracción.

Por un lado la clarificación oficial del papa, excomulgado a Lefebvre y a los otros cuatro obispos —no a los miembros del movimiento en cuanto tales si no se adhieren a ellos de una manera explícita una vez conocida la decisión del Papa— y por otro lado la real asimilación y aplicación del Concilio en la Iglesia Católica traduciendo a la inteligencia, a la vida litúrgica, a las actitudes morales y a las instituciones eclesiales, dejarán sin futuro a ese movimiento, cuya fuerza no ha derivado de la personalidad de quién lo ha iniciado sino de la perplejidad, descontento e insatisfacción existentes en muchos grupos.